

Tardes

*La tarde equivocada
se vistió de frío.
Detrás de los cristales,
turbios, todos los niños,
ven convertirse en pájaros
un árbol amarillo.*

Federico García Lorca

Mi primera poesía

Faltando una semana para que cumpliera los doce años, escribí mi primera poesía. Creo que lo que vi esa tarde en la covacha al fondo del jardín me cambió para siempre. También creo que desde ese momento quise realmente escribir. Sentí la necesidad de captar esos instantes con palabras escritas, no fueran a esfumarse con el viento, como las hojas de los bambúes que se van tan lejos... Mi tía Rebeca tenía razón, la poesía te sorprende cuando menos lo piensas. Y fue así, en ese atardecer al final del verano, cuando escribí mi primera poesía.

*Si escuchas un canto
que se torna en llanto;
Si escuchas un rezo
que se oye en lo alto;
Si escuchas una voz
que brota de una flor,
Óyela, por favor,
que es mío ese canto.*

—¿Crees que de veras esto es poesía, tía? —le pregunté esa misma tarde.

Entonces, mi tía Rebeca sacó del cajón de su mesita de noche un librito viejo y maltratado, el título borrado, pero cuando lo abrí, en la primera hoja amarillenta decía: *Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer*.

—Lee esta rima: sí, ésa, la número XXI, Marifer.

Y leo.

—*¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.*

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía... eres tú.

A esa temprana edad me enamoré locamente de Bécquer. Leía todo cuanto podía acerca de ese poeta español tan romántico; aprendí sus poemas porque me parecían los escritos más bellos del universo, y no porque la tía Lucrecia me obligara a hacerlo. Le puse también música a una de sus poesías:

*Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales,
jugando llamarán.*

*Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
¡ésas... no volverán!*

—Marifer, ¡poesía eres tú! —afirmó esa tarde mi tía Rebeca, después de que juntas leyéramos esa rima pequeña de Bécquer.

Como siempre, yo me lo creí. Después, con el pasar de los años comprendería mejor a Bécquer y a mi tía. Comprendería que lo que brota nítido de un corazón empapado de un sentimiento profundo, puede volverse en un instante... ¡poesía! Lo que sí debemos hacer, es dejar que la poesía nos guíe. Es como si nuestra voz dejara de repente de ser nuestra voz, para convertirse en la voz de la poesía misma.

—¿Y tú me lo preguntas?

Poesía... ¡eres tú!

